

Domingo 1º de Adviento. Ciclo B.

## **“Camino hacia Belén”.**

Inauguramos hoy un nuevo **AÑO LITÚRGICO**. El Año litúrgico es un conjunto armónico de tiempos y de celebraciones que se ha ido organizando a lo largo de la historia de la liturgia para hacer presente al Señor en la evocación de los misterios de su vida histórica y para incorporar a los hombres a la acción salvífica derivada de ellos. Es el resultado de un largo proceso en el que se han dado cita innumerables factores, unos de tipo histórico y otros de tipo catequético. La organización del Año Litúrgico es el fruto de una larga evolución hasta llegar al Concilio Vaticano II, que lo define así: “ *La santa madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo, en días determinados a través del año, la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó “del Señor”, conmemora su resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua. Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor*” (SC 102).

El ciclo de Navidad se inicia con el **tiempo de preparación, que llamamos ADVIENTO**, que comienza en las vísperas del domingo más próximo al 30 de noviembre y termina en las vísperas del día 24 de diciembre. Con este domingo iniciamos, pues, el Adviento, tiempo especialmente agradable que nos conducirá a la Navidad. Después del largo periodo del tiempo ordinario, da gusto encontrarse con la novedad de empezar algo diferente, y experimentar el empuje espiritual que esta novedad aporta. “**Adviento**” (*adventus* en latín) significa “**advenimiento**” ( de *ad* y *venire*, ‘acción de venir hacia algo o alguien’); es el tiempo propicio para convertirse, suscitar esperanza y anunciar la liberación salvadora de Dios. Es tiempo, además, de vigilancia ante lo que esperamos, que es el retorno de Cristo en la plenitud de su reino. Al principio del cristianismo, el término adviento se refería a la última venida del Señor al final de los tiempos, pero al fijar la Iglesia las fiestas de la Navidad y Epifanía, se relacionó también con la venida de Jesús en la humildad de la carne. Estas dos venidas, la **histórica** en la encarnación por medio de María (Navidad) y la **escatológica** al final de los tiempos (parusía), se consideran como una única, desdoblada en dos etapas. Esta doble dimensión de espera es la que caracteriza al adviento.

En la primera lectura de este domingo, el profeta Isaías (que es el profeta del adviento) pide al Señor que perdone sus muchos pecados a los hombres, ya que son hijos suyos y obras de sus manos. En la segunda lectura, san Pablo afirma que el cristiano recibe su fe, fortaleza y gracia por medio de Jesucristo, a fin de no ser condenado en el tribunal divino. En el evangelio, Jesucristo nos invita a vivir en guardia, pues ignoramos cuándo llegará el Señor; podemos morir en cualquier momento.

**El adviento es tiempo de vela y esperanza.** Sus cuatro semanas pretenden recordar los 4000 años que según pensaban nuestros mayores, transcurren entre la creación del primer Adán en el edén del paraíso, y el nacimiento del segundo Adán, Jesucristo, en la cueva de Belén. Durante estos años la humanidad vivió como en vela, esperando, deseando y preparándose a la llegada del Mesías. El evangelio de este día nos pone en guardia ante la muerte. Oímos a Jesús que nos dice: “**mirad, velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, a media noche, o al amanecer**”. Estas palabras no han de infundirnos temor, puesto que quien viene no es un enemigo; deben infundirnos esperanza, fervor y activa preparación. El adviento es tiempo de esperar, de mirar al futuro, de levantar la vista: *nuestro Dios es el Dios del futuro, el Dios de las promesas, el Dios de la esperanza.*

No sólo esperamos la Navidad (recuerdo histórico del nacimiento de Cristo) sino que también esperamos su venida gloriosa, escatológica (al final de los tiempos). Esta es la razón por la que el adviento se abre con esta fuerte llamada de Marcos a la VIGILANCIA. Los hombres tendemos fácilmente al sueño y a la modorra; vivimos distraídos, descuidados y olvidados del Señor, como aquellas vírgenes necias cuyas lámparas terminaron apagándose. Y Dios puede venir en cualquier oportunidad; necesitamos “velar” para saberle reconocer y acogerle. Esto es lo propio del Adviento: *el Señor está cerca; el Señor viene.*

El Señor vino, pero ahora debemos esperarle de nuevo. No ya en grupo de elegidos tan sólo (el pueblo de Israel), sino todos los hombres y ¡más que nunca!. Esperamos que Jesús nazca, en concreto, en nuestro corazón. Lo esperamos porque queremos abrirle la puerta. Se la queremos abrir de par en par.

Sin embargo esta espera no debe ser estática. No hay que sentarse a esperar; no hay que dormirse en los laureles. Hay que despertar; *hay que ponerse en camino*. El pueblo de Israel siempre camina; no espera la liberación en Egipto, comienza caminando. María y José también caminan: ¡caminan hacia Belén!; no esperan en casa la llegada del Niño; caminan ... -¡y se cansan!- ... hasta llegar a Belén. Para nosotros, hoy comienza una búsqueda, un camino. Un camino hacia la casa de Dios, hacia el monte de Yaveh, hacia Belén: porque queremos ver nacer a Jesús. Aunque, a veces, el camino nos resulte agotador; pero siempre ¡con esperanza!: ESPERAMOS LA VENIDA DEL SEÑOR.

Y esta venida del Señor exige que los cristianos nos encontremos vigilantes, despiertos, en vela, en constante conversión. Convertirse equivale a practicar la justicia, defender al pobre y al marginado; significa, también, promover la paz con Dios, con los otros y con la naturaleza. Y para ello: salgamos de la opresión de tantas cosas, abandonemos nuestros egoísmos, nuestras soberbias, nuestras faltas de amor, nuestra vida tibia...

*Que este tiempo de Adviento que comenzamos  
nos enseñe a seguir caminando, con fe y esperanza,  
sabiendo que Dios, lo que promete, lo cumple.  
Y nos ha prometido la salvación.  
¡Reavivemos la llama de la esperanza!*

Avelino José Belenguer Calvé.  
Delegado Episcopal de Liturgia.